

EL ÚLTIMO HOMBRE: UNA LECTURA SOBRE EL PAISAJE EN CRISIS DE LA MODERNIZACIÓN AGRÍCOLA ARGENTINA

O último Homem: uma leitura sobre a paisagem em crises da modernização agrícola argentina

The last Man: a landscape in crises reading about the Argentinian agricultural modernization

Natalia Astegiano
CIFYH CONICET UNC-Argentina
n_astegiano@hotmail.com

Resumen

La modernización agrícola actual se construye como “la única salida posible” para los países periféricos, como el camino necesario a seguir para su progreso. De esta manera, se implementan determinadas técnicas de producción y comercialización en “nuevos territorios” que comienzan a “ser aptos” para la producción a partir de las nuevas posibilidades de las técnicas.

En el siguiente artículo nos interesa reflexionar sobre los relatos que emergen a partir de la implementación de dicho modelo de producción de alimentos en las zonas antes consideradas “marginales” de Argentina. En particular, sobre una de las regiones en la cual el avance de la modernización y de la frontera agropecuaria ha sido implementado bajo el designio del progreso regional y nacional: Santiago del Estero.

Para ello, analizaremos el paisaje construido en y por la crónica “*El último hombre*”¹ de Juan Manuel Mannarino, como un relato (eco)crítico que denuncia las consecuencias de dicho modelo productivo sobre la población de Santiago del Estero, particularmente en las comunidades campesinas que resisten el avance del modelo del agronegocios. Nos interesa trabajar sobre la idea de un paisaje-en-crisis (ANDERMANN, 2012) a partir de tres ejes de lectura: los efectos de la modernización, el ser campesino y la figura del monte/desmonte que en ella se representan.

A su vez, consideramos relevante inscribir la construcción de este paisaje, en una serie de eventos y situaciones geográficas actuales, posicionándonos en determinados ejes de lectura propios para el análisis de la misma.

Palabras claves: Modernización agrícola- Paisaje- Crónica

Resumo

A modernização agrícola atual é representada como “o único caminho possível” para os países periféricos, como o caminho do progresso. Assim, técnicas de produção e comercialização são implementadas em “novos territorios” que se tornam “aptos” para a produção a partir das possibilidades das novas técnicas.

No seguinte artigo nos interessa refletir acerca dos relatos que emergem da implementação do modelo atual de produção de alimentos em zonas consideradas anteriormente marginais na Argentina. Em particular, analisaremos uma das regiões na qual o avanço da modernização e da fronteira agrícola tem sido implementado sob o imperativo do progresso regional y nacional: Santiago del Estero.

¹ La crónica bajo análisis se encuentra disponible en la Revista *La pulseada*. Disponible en: <http://www.lapulseada.com.ar/site/?p=4017>.

Com esse objetivo analisaremos a paisagem construída em e por a crônica “*El último hombre*”² do autor Juan Manuel Mannarino, considerada um relato (eco)crítico que denuncia as consequências do modelo produtivo na população de Santiago del Estero, principalmente nas comunidades camponesas que resistem ao avanço do modelo do agronegócios. Para isso, abordaremos o conceito de uma paisagem-em-criSES (ANDERMANN, 2012) partindo de três eixos de leitura: os efeitos da modernização, o ser camponês e a figura da mata/desmatamento que em ela se apresenta.

A sua vez, consideramos importante inserir a construção de essa paisagem, em uma série de eventos e situações geográficas atuais, colocando-nos em determinados eixos de leitura próprios para a análise da mesma.

Palavras chave: Modernização agrícola - Paisagem – Crônica

Abstract

In the actual context the agricultural modernization its constructed as the “only possible way out” for the peripheral countries, as the obliged path to follow to rich the progress. In this way, several techniques of production and commercialization are implemented in “new territories” that begin to “be fit” for the production thanks to the news possibilities of the techniques.

In the following article, we are interested in think about the narratives that emerge from the implementation of this alimentary model in the areas that were considerate “marginal” previously in Argentina. In particular, we focus in one of the areas that were affected by the process of modernization and the advanced of agricultural frontier, with the design of national and regional progress: Santiago del Estero.

Analyzing the landscape-in-criSES in the chronicle “*The last man*” of Juan Manuel Mannarino as a (eco)critic narrative, the article traces the consequences of agricultural model in the population of Santiago del Estero, particularly in the farmer communities that are resisting the advanced of agribusiness. We develop the concept of landscape-in-criSES (ANDERMANN, 2012) from three points of lecture: the effects of modernization, the being farmer and the image of forest/clearest that are represented in them.

We also inscribed this landscape in a series of events and geographical actual situations, to situate the analysis in some points of lecture of the modernization.

Key Words: Agricultural modernization – Landscape - Chronicle

Introducción

El avance de la frontera agropecuaria industrial es uno de los fenómenos comunes a la mayoría de los países latinoamericanos en los últimos treinta años, proceso vinculado a una historia neocolonial que los sitúa como productores de materias primas y alimentos, que se intensifica a partir de las innovaciones en insumos, maquinarias e implementos propios de la modernización agrícola actual.

La modernización agrícola se construye en la actualidad como “la única salida posible” para los países periféricos, como el camino necesario a seguir por aquellos países “más aptos” para esta actividad económica. De esta manera, se avala la implementación de determinadas técnicas de producción y comercialización en “nuevos territorios” que comienzan a “ser aptos” para la producción a partir de las nuevas posibilidades de las técnicas.

En este marco, nos interesa reflexionar sobre los relatos que emergen a partir de la implementación de este modelo de producción de alimentos en las zonas antes consideradas “marginales” de Argentina. En particular, sobre una de las regiones en la cual el avance de la modernización y de la frontera agropecuaria ha sido implementado bajo el designio del progreso regional y nacional: Santiago del Estero.

² La crónica bajo análisis se encuentra disponible en la Revista *La pulseada*. Disponible en: <http://www.lapulseada.com.ar/site/?p=4017>.

Para ello, analizaremos el paisaje construido en y por la crónica “*El último hombre*”³ de Juan Manuel Mannarino, como un relato (eco)crítico que denuncia las consecuencias de dicho modelo productivo sobre la población de Santiago del Estero, particularmente en las comunidades campesinas que resisten el avance del modelo del agronegocios. Nos interesa trabajar sobre la idea de un paisaje-en-crisis (ANDERMANN, 2012) a partir de tres ejes de lectura: los efectos de la modernización, el ser campesino y la figura del monte/desmonte que en ella se representan.

El surgimiento de este relato se inscribirá en una historia cultural que comienza a principios del siglo XX, con los primeros momentos de inflexión crítica en la literatura de Ricardo Rojas, Bernardo Canal Feijóo y Orestes Di Lullo y las crónicas de Homero Manzi, Roberto Arlt y Ernesto Giúdice sobre el problema de la deforestación en el contexto del avance de la frontera agroindustrial (FABBERMAN, 2010; ANDERMANN, 2012). En este sentido, nos interesa analizar también la continuidad histórica sobre determinados tropos (HEFFES, 2013) vinculados a las consecuencias del avance de la frontera agroindustrial.

A su vez, consideramos relevante inscribir la construcción de este paisaje, en una serie de eventos y situaciones geográficas actuales, posicionándonos en determinados ejes de lectura propios para el análisis de la misma.

La crónica de Mannarino resulta clave para un debate sobre el progreso y la modernidad actual, el cual puede ser pensado a partir de los siguientes interrogantes: ¿Cómo se entrecruza “lo nuevo” y “lo viejo” hoy? ¿Cómo se vuelven “visibles” los invisibles?.

Nuestro lugar de enunciación: situación geográfica y paisaje

Para poder abordar el estudio del paisaje planteado en la crónica de Juan Manuel Mannarino consideramos importante en primera instancia, situarnos dentro de un eje de lectura específico a partir del cual le daremos un sentido particular a ese paisaje.

En primer lugar, el recorte proviene de un interés acerca del impacto de los procesos de modernización agrícola en Argentina, y en ese sentido, poder enmarcar esta crónica como producto de los procesos de modernización actuales en Argentina pero a su vez como un relato particular sobre los efectos de la misma en los territorios.

Es decir, que reconocemos a la modernización agrícola no sólo como un relato o una construcción simbólica de procesos económicos y políticos, sino como un fenómeno geográfico que crea y recrea diferentes **situaciones geográficas** en todo el país, en particular, en las zonas sobre las que avanza imponiendo nuevas formas de uso de esos territorios (SILVEIRA, 1999b).

Existen una serie de **eventos** (Santos, 2000), que se constituyen como

³ La crónica bajo análisis se encuentra disponible en la Revista *La pulseada*. Disponible en: <http://www.lapulseada.com.ar/site/?p=4017>.

“...vehículo de una o algunas de las posibilidades existentes en el mundo, en la formación socioespacial, en la región, que se depositan, esto es, geografizan en el lugar. Por eso, una situación geográfica supone una localización material y relacional (sitio y situación), pero que va más allá porque nos conduce a la pregunta por la cosa que incluye el momento de su construcción y su movimiento histórico.” (SILVEIRA, María Laura 1999b p.22 traducción propia).

En este sentido, podemos decir que la liberalización y apertura de los mercados agrícolas en nuestro país, la desregulación de los entes vinculados a la producción agrícola, la aprobación del uso de la semilla híbrida de soja RR, la adopción de la siembra directa como método de laboreo hegemónico y el avance de la frontera agrícola hacia el noroeste y noreste del país se constituyen como eventos claves para la modernización agrícola actual (TEUBAL Y RODRIGUEZ, 2002; TEUBAL Y GIARRACA, 2008; TEUBAL 2006; ASTEGIANO, 2014) La incorporación de tierras antes consideradas marginales a la producción de commodities agrícolas en nombre del “progreso nacional” se constituye como una de las variables claves para la intensificación del modelo productivo del agronegocios en Argentina (ASTEGIANO, 2014).

De esta manera, reconocemos que la situación geográfica se constituye como una serie de fuerzas que transforman las materialidades y las normas en los lugares, modificando el valor de los mismos en un momento histórico determinado. Diferentes agentes crean y recrean su hacer y su organización dentro de los territorios en cada momento de la historia; son las formas del **acontecer solidario** propuestas por Milton Santos (2000).

La situación geográfica se constituye entonces como un recorte dentro de una historia que se desprende del presente pero que deviene de un pasado (SILVEIRA, 1999b), de una historia particular y un devenir propio en cada lugar, en cada formación socioespacial. Constituye un orden, un arreglo particular que define las situaciones en los lugares, que explican las singularidades en los lugares pero también su vínculo con órdenes nacionales y mundiales. La modernización agrícola en Argentina y en Santiago del Estero, deviene de un proceso que se remonta a comienzos del siglo XX -con los primeros desmontes llevados a cabo para la explotación del quebracho y la instalación del ferrocarril- pero también es fruto de la difusión e intensificación del modelo de la agricultura industrial intensiva, de producción de commodities que rige el modelo de producción en el agro argentino hace más de 30 años (TEUBAL y GIARRACA 2008; TEUBAL Y RODRÍGUEZ, 2002).

Como dijimos anteriormente, la modernización agrícola (SANTOS Y SILVEIRA, 2001) actual busca tornar aptas tierras para cultivos de exportación que anteriormente no lo eran, y para ello se implementa un modo de producción agrícola que exige suplementos técnicos (irrigación, telecomunicaciones, transportes rápidos y eficientes), maquinaria (tractores, máquinas de siembra y cosecha) e insumos para el suelo (semillas híbridas, fertilizantes y agroquímicos). Dicho sistema de técnicas, requiere un gran manejo de información y de movimientos financieros para responder a las demandas del capital hegemónico.

Este conjunto de técnicas acortaron las distancias entre diferentes lugares del mundo e impusieron nuevos tiempos en los territorios, profundizando las divisiones territoriales del trabajo (SANTOS, 2000; SILVEIRA, 1999a). En el caso argentino, en los últimos años provincias como Santiago del Estero -en

donde el cultivo de soja pasó de ocupar 94.500 hectáreas implantadas en 1995/1996 a 969.950 has en 2013/2014-, Salta y Tucumán han sido incorporadas como tierras productoras de commodities agrícolas. Entre las campañas 2006-2007 el área de producción sojera nacional creció 500.000 hectáreas principalmente en el Noroeste del país (ASTEGLIANO, 2014).

La cronoexpansión de la frontera agropecuaria (SILVEIRA 1999a) se convierte así, en el motor que impulsa la verticalización en los espacios rurales, introduciendo la racionalidad hegemónica de la agricultura científica globalizada. Es decir, que estos procesos son motorizados por agentes hegemónicos que son los “encargados” de llevar la modernidad (racionalidad) propia del período a aquellos lugares donde sea necesario.

Esto promueve cada vez más una agricultura sin agricultores, dirigida por empresas vinculadas al proceso de sojización que desplazan a medianos y pequeños productores familiares y campesinos que no responden a las escalas y tipos de producción requeridos por el mercado internacional. De esta manera, transforma los espacios modificando las relaciones sociales de producción presentes en ellos y la distribución y uso de determinados objetos modernizadores. Son “nuevos” agentes sociales dentro del agro: pools de siembra, contratistas, fondos de inversión y grupos de siembra.

La modernización generó un proceso de expulsión de gran parte de la población rural en los últimos años hacia los centros urbanos, quien no pudo subsistir dentro de un modelo altamente tecnificado y capitalizado que no requiere gran cantidad de mano de obra. A su vez, se intensificó la conflictividad en los espacios rurales derivados de estos procesos (DOMÍNGUEZ Y DE ESTRADA 2013, GIARRACA Y TEUBAL, 2005) principalmente debido a la precarización de la tenencia de la tierra en las zonas que son incorporadas como “nuevas tierras” (ubicadas en las provincias de Chaco, Salta, Formosa y Santiago del Estero)⁴.

Frente la situación geográfica actual, nos interesa analizar el fenómeno de la modernización en sus particularidades, que resulta del entretrejo entre los vectores hegemónicos y determinados modos de hacer y usar el territorio propio de los lugares. Son las denominadas **horizontalidades** (SANTOS, 2000) entendidas como aquellos elementos que surgen de la dinámica cotidiana de la continuidad, resultado de procesos económicos y sociales que se producen en los lugares. Es el espacio banal, que abarca todas las personas, empresas e instituciones. En él, se plasman las finalidades de las jerarquías mundiales, pero también de ellos surgen los movimientos locales de resistencia a los vectores de la modernidad:

“Mas os lugares também se podem refortalecer horizontalmente, reconstruindo, a partir das açõ es localmente constituídas, uma base de vida que amplie a coesão da sociedade civil, a serviço do interesse coletivo. (...) Os mesmos interesses criam uma solidariedade ativa, manifestada em formas de expressão comum, gerando, desse modo, uma ação política”. (SANTOS, 2000 p.194-195).

En este sentido, consideramos que el paisaje-en-crisis que construye la crónica “*El último Hombre*” es el paisaje producto de un mirar la vivencia cotidiana dentro de ese espacio banal de la modernización, el cual

⁴ En ellas, conflictos por desalojo, cercamientos y falta de titulación se han incrementado de manera exponencial. Los mismos manifiestan una constante infracción de la ley veinteañal de posesión de las tierras, judicialización de la protesta y detención líderes campesinos, cercamientos, quema de ranchos, uso de topadoras que intensifican los procesos de violencia rural en estas regiones.

es enunciado por quienes reciben los vectores de esa modernización actual y la reconfiguran, resisten y la resignifican en diferentes sentidos y formas. Mannarino relata el paisaje desde otra lógica, marcando una diferencia epistemológica en la forma de hacerlo, que Oswald de Andrade (1978) denominó *antropofagia*. Es el proceso de incorporación de lo moderno, pero a partir de una “devoración” que transforma en otra representación simbólica cultural, con otra lógica, la latinoamericana.

Consideramos al paisaje entonces como una construcción social de la naturaleza en términos discursivos y simbólicos. Es de nuestro interés analizar las formas en que se construyen determinadas narrativas e imágenes en torno a la naturaleza, y el uso político que se realizan de esas representaciones (ZUSMAN Y CASTRO, 2009 p.138).

En este sentido, concebimos al paisaje como una “*forma de ver del mundo*” (COSGROVE, 1984, p.13), la cual es experimentada históricamente por determinados grupos sociales. Por ello, resulta ideológico, en tanto que representa las formas en que estos grupos construyen una significación sobre sí mismos y sobre el mundo, a través de una relación con la naturaleza. Mediante dicha construcción, estos grupos configuran su rol social y el de otros en relación a una naturaleza externa (COSGROVE, 1984 p.15).

En términos de Ingold (1993), el paisaje no es una totalidad a la cual alguien puede “mirar”, sino el mundo en el cual estamos situados y sobre el cual generamos un punto de vista particular de nuestros alrededores (INGOLD, 1993 p.171). Podemos considerarlo en sí mismo como una “presencia”, una representación de la tierra sobre la cual se puede establecer un lugar de sentido. (NANCY, 2005). El paisaje es

“...una perspectiva que viene hacia nosotros, que emerge de la imagen para formarla, esto es, para conformarla a ella en relación a una distancia absoluta y de acuerdo a la espacialidad y la distancia para la cual, una luz desconocida “se abre” a nosotros, colocándonos no antes sino dentro de ella.” (NANCY, 2005 p.59).

El paisaje es entendido también como relato que concentra la articulación entre prácticas políticas y estéticas de la modernidad, desde quienes la ejercen o quienes disienten de ella (ANDERMANN, 2008). Por ello el paisaje puede ser considerado un punto de *tensión*, a partir del cual existen determinados *pliegues* que ponen en cuestión la modernidad occidental. Estos cuestionamientos pueden servir como un “*estorbo (eco) crítico*” de aquellas representaciones hegemónicas sobre la modernidad (ANDERMANN, 2012).

En este marco, nos planteamos analizar de qué manera la crónica “El último hombre” de Juan Manuel Mannarino reconstruye un paisaje de la modernización en la Provincia de Santiago del Estero. En particular, analizaremos cómo se construye un relato contramodernizador, a partir del abordaje de determinados ejes temáticos como el progreso, el ser campesino y el monte/desmonte, atravesados todos por la relación naturaleza-sociedad y la violencia. Para ello, consideramos importante analizar cómo dichas representaciones fueron construidas en la literatura como un relato sobre la modernización en Santiago del Estero desde comienzos del siglo XX.

¿Cómo leer el paisaje desde la literatura? Historia de un paisaje de la modernización en Santiago

Para poder situar el análisis del paisaje construido a partir de la crónica “El último hombre” consideramos importante inscribirlo en una historia neocolonial de largo plazo, es decir, en relatos que construyen el paisaje de un Santiago “modernizado”, excluido y campesino.

A su vez, nos parece importante analizar una serie de cuestiones vinculadas a los estudios literarios ecocríticos para poder construir un punto de vista para el análisis, para luego poder reconstruir las formas en que los efectos de la “modernización” ha sido relatado por autores como Ricardo Rojas, Orestes Di Lullo y Canal Feijoo, Homero Manzi, Roberto Arlt y Ernesto Giúdice, a partir de los estudios realizados por Jens Andermann (2012) y Judith Fabberman (2010).

Dentro del campo de los estudios literarios y de la literatura emergió en los últimos años la disciplina de la ecocrítica como una forma de abordar desde una mirada crítica la relación sociedad-naturaleza y las problemáticas medioambientales. De esta manera, su objetivo es indagar de qué manera la crisis medioambiental actual está permeando la literatura y cultura contemporáneas (HEFFES, 2013)⁵.

Los estudios ecocríticos han sido cuestionados por reproducir una dicotomía y separación entre cultura y naturaleza, y en algunos casos, acabar reduciendo el análisis de lo natural principalmente desde lo producido por el lenguaje. Latour (2004) hace mención a dicha separación como resultado de la “constitución modernista”, que separa ontológicamente la sociedad y la naturaleza como ensamblajes diferentes. De esta manera, la construcción de una naturaleza “prístina” conlleva un fin político de preservación de un medio que supuestamente habría existido previamente a la sociedad. En este sentido, Morton (2010) considera que no es la naturaleza en sí la que merece una reflexión, sino la estetización de la naturaleza (HEFFES, 2013 p.47).

A su vez, Nouzeilles (2002) realiza un llamado de atención sobre determinados estudios ecocríticos, en particular los posmodernos, que impusieron tanto en el arte como en el espacio público la construcción de un espacio que celebra lo natural y lo primitivo como algo sumamente valioso per se, convirtiendo a la naturaleza en un objeto mercantilizado exclusivo (en HEFFES, 2013 p.30).

Para Gisela Heffes (2013) el género de la literatura ecocrítica no puede ser “instalado” en las figuras de la literatura latinoamericana debido a su nacimiento en el hemisferio norte donde a partir de una “agenda” medioambiental, determinadas problemáticas comenzaron a ser abordadas desde la literatura contemporánea. En este sentido, la autora analiza de qué manera las representaciones latinoamericanas redefinen los conceptos planteados por la ecocrítica generando *nuevas formas de lecturas*. En particular, nos interesa retomar aquellas perspectivas de análisis que sitúan los estudios literarios sobre la retórica de la naturaleza y las críticas al poder humano y la economía global (BARBAS-RHODEN, 2011 en HEFFES, 2013).

⁵ Dentro del paradigma de la ecocrítica, se han desarrollado diversos estudios que abordan las problemáticas medioambientales desde diferentes ejes de análisis entre los cuales podemos mencionar: aquellos focalizados en las consecuencias del proyecto moderno actual en lo ambiental; los estudios posicionados en una “ecología profunda”; estudios ecofeministas que abordan las cuestiones de dominación hombre-mujer y hombre-naturaleza; estudios ecomarxistas que vinculan cultura, naturaleza, tecnología y acumulación capitalista (Greg Garrard (2004) en Heffes, 2013).

Laura Barbas-Rhoden retoma como ejes de lectura los impactos de la globalización y su consecuente marginalización, a partir del análisis de temáticas como la explotación de recursos naturales, la extinción de la fauna y flora local o el problema de la justicia medioambiental (HEFFES, 2013 p.66). Asimismo, desde los estudios poscoloniales, Graham Huggan y Helen Tiffin (2010) agregan un eje importante para el análisis: el de abordar las cuestiones medioambientales en relación a la *problemática* fundamental para los proyectos europeos de conquista y dominación global, y como una *ideología* inherente del imperialismo y del racismo que de ella se desprenden (HEFFES, 2013 p.68).

Para Heffes (2013) una nueva episteme crítica debe partir de las producciones literarias y de la realidad misma latinoamericana. Para ello, propone trabajar una serie de tropos medioambientales que emerjan en los textos literarios latinoamericanos, figuras retóricas presentes comprendidas como “...una imagen capaz de darle un sentido diferente a una palabra o frase, de aquel que le pertenece” (HEFFES, 2013 p.27). El tropo se constituye entonces como una figura de cambio de sentido, la cual implica un movimiento de la significación. Cada uno de los tropos, están vinculados a una serie de “sistemas éticos que han permitido la sobreexplotación y el abuso del patrimonio natural que nos rodea” (FLYS et al. 2010 p. 25 en HEFFES, 2013). Cada uno evoca por medio de una imagen determinada, aspectos fundamentales para pensar la representación del medioambiente.

Nos interesa entonces, poder realizar un breve recorrido de los principales tropos que se han forjado en la literatura sobre Santiago del Estero, para poder inscribir el paisaje de la crónica en una serie de relatos que han construido el paisaje de la modernización a lo largo del tiempo. En este sentido, consideramos que la crónica actual deviene de una historia a largo plazo sobre el progreso y la modernización, sobre la composición de un Santiago mestizo (criollo e indígena) y sobre el ser campesino que de él se desprende (y su relación con el monte).

La figura de la sequía como tropo de la modernización es un tema transversal a los autores previamente mencionados. A principios del siglo XX, desde una postura nacionalista y regionalista, Ricardo Rojas proyecta la llegada del progreso en Santiago del Estero a partir de los procesos que estaban ocurriendo al interior del país que significaban la muerte del “país de la selva” (la llegada de la inmigración, las inversiones extranjeras y la instalación de la agricultura comercial) (FABBERMAN, 2010 p.71). En este proceso, la sequía surgía como uno de los primeros efectos de la intervención humana sobre el medio natural, representando el agotamiento del paisaje a partir del avance de la deforestación del monte para la instalación del ferrocarril.

A su vez, dicha modernización trajo aparejada para Rojas el éxodo hacia las ciudades y la muerte indígena. En este paisaje, el mestizo no tenía ya lugar, porque implicó la destrucción del paisaje agreste que los albergaba (FABBERMAN, 2010 p.78). De esta manera a la “barbarie” no le queda más remedio que trasladarse del campo a la ciudad, lo que produce la conversión del campesino en asalariado urbano.

Los hechos relatados por Rojas reaparecen de manera más evidente en las crónicas de fines de la década 1930 escritas por Homero Manzi y Roberto Arlt para los diarios *Ahora* y *El mundo*, y más tarde en las crónicas de Ernesto Giúdice en revista *Crítica*. Los escritos surgen a partir de la gran sequía ocurrida en la

región de 1935 a 1937, en un contexto nacional e internacional caracterizado por la crisis económica y política, que demostraba el fracaso de la modernización en diferentes lugares del país. La sequía estaba relacionada a la tala ilimitada de los bosques de quebracho para hacer los durmientes destinados a la industria del ferrocarril internacional.

Homero Manzi y Roberto Arlt presentan a la sequía como parte de una crisis que resulta del “modo de ser” cotidiano en el lugar. La sequía produce una cierta “retirada del paisaje”, al convertirse en sinónimo de escasez, para hombres, animales y vegetación (ANDERMANN, 2013 p.33). A su vez, es retratada desde una perspectiva trágica, con el objetivo político de poder instalar el carácter de urgencia de la situación de Santiago y la necesidad de que se conozcan las causas de dicha tragedia. De esta manera, los periodistas se sitúan como testigos presentes de la realidad cruda que atraviesa Santiago, transmitiendo en la capital lo que sucede “allá lejos”, la sequía en toda su dimensión catastrófica (ANDERMANN, 2013 p.27).

Ernesto Giúdice, en sus publicaciones de la revista *Crítica* advierte que la sequía es el primer paso de una catástrofe mayor, la desertificación. La solución, para el autor, se encuentra tanto en las cuestiones hidrográficas como sociales de la desertificación. (ANDERMANN, 2012 p.32).

La sequía como producto de la modernización también fue abordada por los regionalistas Orestes Di Lullo y Bernardo Canal Feijóo, quienes formaban parte de la asociación cultural santiagueña La Brasa entre 1925 y 1946 (FABBERMAN, 2010 p.72). Existe una cierta contigüidad en los relatos de estos autores y los de Rojas, sobre algunas consideraciones sobre el progreso y la modernización, el mestizaje y el ser santiagueño, y el papel del folclore en la cultura popular (FABBERMAN, 2010).

A fines de la década de 1930, Canal Feijóo y Di Lullo retratan un Santiago marcado como el fracaso de la modernización, en un contexto de crisis económica y política (FABBERMAN, 2010). Sin embargo, para ellos, el fracaso de la modernización resulta de un fracaso a largo plazo, cuyos antecedentes se sitúan en la colonia y que devienen en la situación del Santiago de esa época (FABBERMAN, 2010 p.83). Ambos autores consideraban que la destrucción del paisaje nativo y el tendido del ferrocarril significaban el principio del fin de un mundo más protegido y seguro.

Para Canal Feijóo la sequía es resultado del fenómeno santiagueño, de la relación que se establece entre el paisaje y la cultura que lo habita, y el acecho de una fuerza externa “el progreso” (ANDERMANN, 2012 p.36). En este sentido, el autor plantea la idea de “ecocidio” como destrucción del paisaje, resultado de la devastación capitalista (ANDERMANN, 2012 p.38).

Di Lullo realiza una crítica de la modernización de la época, a partir de una idealización de Santiago colonial. Para el autor existen dos grandes problemas en relación a la deforestación (producto del obraje forestal): la dislocación en la textura social y en los ritmos naturales de la provincia. En este sentido, el autor realiza un análisis acerca de la función moral y política del ferrocarril, denunciando el mecanismo de esclavización de mano de obra y la complicidad del Estado a partir de las concesiones forestales y viales (ANDERMANN, 2012 p.39). De esta manera, el desmonte dio lugar a una “vegetación de postguerra” que generó una “...*perversa conversión del trabajo en pura negatividad destructora (...) La forestal deshumaniza al obrero*” (ANDERMANN, 2012 p.40).

En todos los casos, el fracaso de la modernización y la sequía como paisaje dominante está vinculado a una determinada manera en que el *mestizaje* se produjo en Santiago, a partir de ciertas características de “lo indígena”.

Rojas, realiza un rescate de lo indígena como vital para forjar una cultura nacional. En este sentido, Rojas destaca la capacidad indígena de identificarse y proyectarse con y en el monte, la monotonía del monte se traduce en un *modo de ser* campesino santiaguero. (FABERMANN, 2010 p.76).

Di Lullo y Canal Feijóo también retoman la cuestión del mestizaje, aunque ya no a partir de la “búsqueda en el interior de la “reserva espiritual” de la nación”, sino de encontrar en la cultura popular las razones del fracaso económico y moral de Santiago (FABBERMAN, 2010 p.82).

Para Di Lullo, la conquista representó el “momento de oro” de Santiago, y el mestizaje entrecruzó una cultura proveniente de las tierras dedicadas a la ganadería extensiva y una suerte de esencia indígena que luego heredaría el “gaucho”, caracterizada por la tendencia al vagabundaje (FABBERMAN, 2010 p.84). Mientras que Canal Feijóo identifica la cultura santiaguera como producto de una desposesión, que se traduce en una “impotencia” por la pérdida del paisaje fruto de la modernización (FABBERMAN, 2010 p.85).

Desde las crónicas publicadas en *Crítica* Giúdice relata las condiciones de trabajo del peonaje rural y la mala administración de los recursos naturales que surgen de ella. Caracteriza al mestizo santiaguero como “sumiso, resignado y dócil” frente al “extranjero” que impone sus derechos por tener más “conciencia de su situación” (Giúdice en ANDERMANN, 2012 p. 31).

Podríamos decir que de los efectos de la modernización y del progreso en Santiago, y un mestizaje particular que se traduce en una cultura popular santiaguera, resultan las condiciones a partir de las cuales se desprenden las formas en que el *ser campesino* se crea y recrea en el paisaje, vinculado a una determinada relación con el *monte/desmonte*.

En Canal Feijóo la deforestación exterminó aquella porción de la sociedad cuyas bases económicas eran pastoriles y agrícolas -la sociedad campesina-, generando el éxodo masivo a la ciudad (ANDERMANN, 2012 p.89) Para Di Lullo, el éxodo provoca la pérdida de contacto con la tierra, lo que genera a su vez la pérdida de vocación agraria y una fragmentación social al interior de las ciudades (ANDERMANN, 2012 p.90). Para Canal Feijóo, se traduce en una modernización del modo de ser campesino en la ciudad y a una pérdida de la cultura del trabajo, conduciéndolo a “preferir” el desempleo (ANDERMANN, 2012 p.91).

Como resume Andermann (2012), el paisano santiaguero es víctima pero a su vez, hacedor de su destino: *“He aquí, entonces, al “despaisado” y al “paria”, los nombres para designar al derrotado, al que se dejó tentar para volver sin nada, al que colaboró, empuñando el hacha, a entregar por monedas su paisaje (morada de su imaginación, su casa, su familia, su virilidad misma...). Pero este paisano, que es la gran víctima de todo el proceso, es también el hacedor de su destino y por eso siente el fracaso en carne propia. Nuestros escritores, alejándose así de visiones exclusivamente victimistas, utilizaron ambos el término “impotencia” para referirse a tal sentimiento de inferioridad, que casi deviene un atributo identitario del santiaguero.”* (ANDERMANN, 2012 p.92).

De esta manera, podemos afirmar que las representaciones sobre la modernidad en el noroeste argentino fueron puestas en tensión desde comienzos del siglo XX, a partir de los escritos de Ricardo Rojas que presentaron los primeros “pliegues” respecto a la historia cultural de Santiago, y luego con las lecturas (eco) críticas en las crónicas de Manzi, Arlt y Giúdice y en los escritos de los regionalistas Canal Feijóo y Di Lullo quienes retrataron el paisaje de un Santiago en crisis fruto de la modernidad. Estas tensiones y pliegues de la modernidad son profundizados en la actualidad en la crónica “*El último Hombre*”, mostrando una continuidad y profundización de los procesos de marginalización propios de la modernidad.

Modernidad y campesinado en la actualidad: *El último Hombre* como relato de un paisaje-en-crisis

La crónica “*El último Hombre*” de Juan Manuel Mannarino trabaja sobre una serie de “tropos” que continúan la idea de un paisaje-en-crisis (ANDERMANN, 2012) producto del avance de la modernización en nuestro país.

En este caso, la crónica plantea una serie de cuestionamientos al modelo productivo actual agrícola vinculado al avance de la agricultura industrial y el monocultivo en el noroeste de Argentina. Los cambios producidos en los modos de producción agrícola han intensificado las consecuencias sobre el ambiente y la población, provocando nuevamente una deforestación intensiva, exilio rural, y desplazamiento de productores locales por productores “extranjeros” (GIARRACA y TEUBAL, 2008).

La retórica de la sequía producto de la modernización; sobre el ser mestizo y el ser campesino, y de la vinculación de éste con el monte vuelven a ser retomados por Mannarino para retratar la realidad de un Santiago actual, caracterizado por la violencia y el despojo. Nos interesa entonces, analizar ese paisaje que el autor crea mediante la crónica, para poder reflexionar sobre las tensiones que en ella propone, y sobre la función estético-política que la crónica reviste como género literario-periodístico en la actualidad.

El último hombre fue publicada a fines del año 2012 en la revista argentina *La pulseada*, revista digital e impresa promovida por la organización social Pelota de Trapo. Esta revista se inscribe dentro de lo que podemos denominar los medios “alternativos” de comunicación, que se instalan en Argentina pos 2001 tras la crisis económica, política y social del país⁶.

En este sentido, el relato busca poder instalar el cuestionamiento a la modernidad actual, trascendiendo la obra para generar un efecto de problematización y politización en el receptor. En este sentido, el autor busca posicionarse “de un lado de la realidad”, de un “lado” del progreso; denunciando la desaparición de un mundo allí presente.

“En los confines del norte santiagueño, un mundo está a punto de desaparecer. Con la complicidad de los funcionarios públicos, empresarios sojeros, ganaderos y forestales invadieron la tierra que les perteneció desde siempre a las comunidades indígenas y campesinas” (MANNARINO, 2012).

⁶ La revista cumple una función de difusión de problemáticas sociales actuales, y a la vez, resulta de emprendimiento social para personas que se encuentran en situación de vulnerabilidad social. A su vez, *La pulseada* es parte de la red Revistas por la Inclusión Social en Argentina (RISA), que integra emprendimientos sociales y editoriales de calle, y la Asociación de Revistas Culturales Independientes de la Argentina (AReCIA).

Podemos decir que Mannarino busca generar un “locus de enunciación” propio, a partir de las elecciones que realiza sobre una serie de opciones estéticas y retóricas que imprimen determinadas relaciones y efectos de sentido sobre el receptor. Dichas elecciones parten en primera instancia, por la opción discursiva del género de la crónica y por su papel de denuncia que adquirió históricamente y que adquiere en la actualidad. Consideramos que la elección de este género y no de otro como forma de relato, imprime una “determinada forma” de relatar la modernización actual.

Desde sus comienzos, el género de la crónica se caracterizó por dos cuestiones particulares: no sólo por su poder de relato de lo cotidiano en términos de “testimonio” y de construcción referencial, sino también por *poetizar* temas que previamente no eran poetizables -el hecho concreto, la vida cotidiana- capaces de volverse poesía mediante “el alma” del poeta (ROTKER, 2005). Como afirma Rotker en la crónica modernista,

“El texto entra en tensión problematizadora con su época. Los sistemas de representación tradicionales no sirven a este modelo perceptivo. La imagen mimética ha perdido sentido, no hay certezas en la veracidad de una apariencia; hay que establecer otro sistema de representación donde pueda intuirse el secreto, la relación entre las varias formas de existencia. La imagen, entonces, no puede pretender más que su condición de recurso, de construcción, de interpretación: es un artificio que relaciona órdenes más universales con lo cotidiano, es un símbolo ambivalente y misterioso” (ROTKER, 2005 p.154).

La crónica se caracteriza entonces por ser un género mixto, en tanto en ella confluyen características del discurso literario como el periodístico. Según Villoro (2010) el periodismo narrativo propio de la crónica le da sentido a una realidad que parece no tenerlo, a simple vista “caótica”. Es la unidad de sentido la que aporta un valor ético y cultural de la crónica (VILLORO, 2010 p.4).

La crónica de Mannarino relata un hecho público –el asesinato de un integrante del Movimiento Campesino de Santiago del Estero- a partir de la recomposición de una serie de hechos privados –la historia desde la familia de Cristian, de los compañeros de Cristian, el relato del hecho de la muerte desde el sicario mismo (cuñado de Cristian), la cotidianeidad campesina y el problema del monte. Lo colectivo, el destino público (lo informativo), se mezcla con lo individual y lo privado (donde lo emocional se vuelve cuerpo). Es parte de la reconstrucción de la historia que proponen las crónicas, como afirma Villoro “para que podamos revivirla en toda su intensidad, necesitamos reproducirla de la voz de quienes pasaron por esa situación” (VILLORO, 2010 p.5).

El periodista entonces se sitúa como testigo “en cuerpo presente” (Andermann 2012:25), que denuncia un hecho que está aconteciendo en la actualidad, en el interior del país. El cronista reconstruye la verdad con técnicas que involucran una subjetividad, la de los testigos, y en ese sentido el relato se construye entre la ficción y la no ficción, creando una verdad que no es comprobable pero no por ello inexistente (VILLORO, 2010).

“La Pulseada estuvo en el monte reconstruyendo el crimen de Ferreyra, una región desolada y en vías de extinción donde la sequía hace estragos y el desmonte parece una imagen del fin del mundo” (MANNARINO, 2012).

El relato del paisaje-en-crisis que plantea Manarinno, se construye a partir de seis microhistorias que hacen al relato sobre el asesinato y la realidad campesina en su conjunto. A lo largo de ellos, podemos reconocer tres grandes “tropos” que retratan el paisaje de la modernización de Santiago: el de la modernización y el progreso (en el cual la sequía aparece como imagen predominante), el ser campesino y la relación con el monte/desmote. A su vez, en cada una de estos tropos la relación con el ecosistema y la violencia están presentes, recomponiendo un paisaje caracterizado por la sequía, la marginalización y la muerte.

La modernización de que nos habla “*El último Hombre*” es una modernización caracterizada por el avance de la frontera agroindustrial en Argentina en los últimos veinte años, promovida por el avance de la actividad forestal y la implantación de aserraderos, y por la producción de soja en el norte de Santiago del Estero. Sin embargo, esta modernización se inscribe como dijimos antes, en una historia de largo plazo, que comienza a principios de siglo XX con la llegada del ferrocarril y las primeras deforestaciones del monte local. La crónica comienza, relatando los hechos de esta primera modernización a partir de la explicación del origen del nombre del pueblo donde hoy ocurren los hechos, Monte Quemado. Para ello, Mannarino retoma las palabras de “Los Manseros Santiagueños”⁷ en su “Canto a Monte Quemado”

*“Monte espeso, monte virgen
tan lejano y olvidado,
miradas del hombre simple
temeroso y tan sufrido
que habla con ruda nostalgia
de las cosas que ha perdido...”*

El nombre Monte Quemado representa el fracaso de las primeras modernizaciones en la época y la deforestación como un proceso permanente en la región: proviene de un gran incendio forestal en el cual desaparecen grandes extensiones de monte virgen, los cuales habían sido generados por los obreros para ocultar el desmote ilegal sobre tierras fiscales (Mannarino, 2012). La estación de trenes del pueblo (objeto y símbolo de esa modernidad) se encuentra hoy abandonada, sólo queda un gran monumento al hachero en la entrada del poblado.

La modernización de comienzos del siglo XX implicó también la construcción de canales, los cuales solucionarían el problema de la sequía en la región. Sin embargo, hoy transportan agua con arsénico, produciendo enfermedades y muerte en los pobladores locales, como el caso del padre de Cristian Ferreyra.

“El Canal de Dios, brazo que conecta con el Río Salado del Norte, parece la bendición que salva a los campesinos de la sequía: en el monte sólo llueve un par de veces al año. Pero el agua sale sucia, no es potable y tiene una alta concentración de arsénico” (MANNARINO, 2012).

De una forma u otra, en este paisaje-en-crisis, la modernización es sinónimo de la muerte: de la muerte del monte, de los jóvenes (en todas sus clases sociales). El paisaje del progreso actual es promovido por los *obrajeros* (empresarios forestales que emplean campesinos para los aserraderos y compran los postes de

⁷ Grupo folclórico popular santiagueño.

madera a los hacheros del monte) y los *sojeros*, quienes llegaron al lugar apropiándose de las tierras que ancestralmente pertenecían a familias campesinas:

“la llegada de grandes empresarios sojeros y ganaderos alteró la vida de los campesinos, que sin dejar de criar animales y hachear árboles, ahora están divididos entre luchar por la tierra que les pertenece por generaciones y recibir el dinero fresco que les ofrecen para escapar de la pobreza” (MANNARINO, 2012).

A su vez, es defendido por ciudadanos locales (periodistas y funcionarios del gobierno), que destacan en él el camino para salir de la miseria. Mannarino pone en tensión allí, el discurso sobre quién es “el verdadero” campesino, al retomar las palabras de un periodista local quien realiza una distinción respecto al campesino del Mocase que *“no es el original, está influenciado desde afuera”* (MANNARINO, 2012). El discurso del periodista busca imponer la división del campesinado entre el campesino “auténtico” y el “falso” o influenciado. El autor contrapone esta representación en su propio desarrollo sobre “el ser campesino” que desarrollaremos más adelante: para Mannarino no existen campesinos “puros” y no “puros”, sino que el ser campesino es parte de una elección, la de organizarse para defender su modo de vida.

El paisaje que el progreso construye en el norte de Santiago del Estero es el paisaje de los cercos, *“escenario de topadoras, bosque arrasado y sicarios con ithacas”* (MANNARINO, 2012). Se impone en el lugar, porque existe una realidad fácil de dominar *“campesinos pobres y aislados en un monte inmenso, olvidados por el Estado”*. Sus estrategias fueron utilizar terrenos fiscales con títulos falsos de propiedad y cercar los movimientos de los campesinos en los ranchos. De esta manera, el cerco arrincona las casas de los campesinos, los aísla. La propiedad privada aísla a los campesinos de su propiedad ancestral, degradando su modo de vida.

Mediante una descripción de la realidad histórica del lugar, el cronista busca desnaturalizar la idea del progreso como proyecto que beneficie todos los habitantes, para inscribirlo en una historia colonial y civilizatoria:

“El progreso, el progreso, el progreso. Es la bandera que enarbolan periodistas, políticos, jueces, comisarios, comerciantes y la palabra circula como si la vida en el monte no existiera: como si el norte santiagueño fuera el eslabón perdido de la colonización europea y criolla. Hoy, en pleno siglo XXI, defienden una idea civilizatoria de siglos pasados. El progreso es el eufemismo con que el gobierno provincial festeja la entrada de los empresarios sojeros, ganaderos y forestales” (MANNARINO, 2012).

Según Mannarino, el discurso sobre el progreso que intentan imponer los grupos de poder local implica entonces la construcción de la vida social en el monte como “no-vida”, del monte como lugar “vacío”, y el paisaje como el espacio vacío en el proceso “civilizatorio”. La forma de enunciar este discurso del poder, conlleva una duda permanente en esa “verdad”: *“como si la vida en el monte no existiera; como si el norte si el norte santiagueño fuera el eslabón perdido de la colonización europea y criolla”*.

En este sentido, el autor busca deconstruir y desnaturalizar la idea del progreso como salvación, y retoma la construcción de un relato que busco imponer cierta lógica sobre la producción, el modo de vida campesino y la realidad del monte. Sitúa al progreso en personas que lo promueven y defienden, y lo contrapone a la elección por otro modo de vida: el campesino.

Para situarse de un lado o del otro del progreso, el *monte* resulta la figura clave: es el escenario donde todo sucede, pero a su vez desde donde todo se desprende: la riqueza de obrajeros y sojeros, el modo de vida campesino, el saber campesino. La figura del campesino y del monte se unifican, y la muerte o desaparición de uno conlleva la desaparición del otro. El monte está muriendo, está seco, y sólo quedan algunos vestigios de algarrobos negros y blancos, quebrachos blancos y colorados, lapachos, mistoles y espinillos.

El monte es entonces fuente de vida. Cuando queda cercado por la propiedad privada, ya no es de todos, se convierte en propiedad de un grupo social. Monte adentro, se convierte en tierra de nadie, bajo control de los obrajeros y sus guardias blancas, suceden el desmonte y los asesinatos. El desmonte desvía el sentido del monte: el del trabajo y la producción, para convertirse en la privación de la vida humana por sus efectos: la enfermedad, la discapacidad, la criminalización, la violencia, la muerte. El desmonte es sequía, desaparición y muerte, no sólo de plantas, animales y personas, sino también de un *mundo, un modo de vida*:

“A ningún maquinista de las topadoras lo conmovió eliminar, de una vez y para siempre, la vida de arbustos que vivieron miles de años. Lo dramático, además, es que derribados de esa manera, y no al modo ancestral de los campesinos, los árboles no se regeneran y el ecosistema se debilita. (...) El desmonte es gris, triste. Un acontecimiento de cenizas y espinas, donde la respiración se suspende y el aire corta tan filoso como la sierra de las máquinas. Un mundo a punto de desaparecer, silencioso y desolador (MANNARINO, 2012).

La muerte de Cristian se encuentra entonces mediada por el desmonte. Una vez que el hecho privado se vuelve público, el gobierno toma “posición” y prohíbe el desmonte como forma de apaciguar la violencia en el campo. Sin embargo, José Cuellar (campesino) denuncia que el desmonte sigue ocurriendo, “monte adentro”, sin control.

Mannarino reconstruye la noción sobre el progreso/la modernización agrícola y los impactos que esta ocasiona sobre el monte, poniendo en tensión la dicotomía en las que se suele reducir estos dos tropos como representativos de “lo nuevo” y “lo viejo”. En este sentido, mediante la configuración del *ser campesino hoy*, el autor pone en discusión nociones clásicas y románticas sobre el campesinado, que lo reifican como aquel que vive en un mundo atrasado y primitivo, no influenciado por las modernidades actuales.

Mannarino realiza entonces una lectura antropofágica (DE ANDRADE, 1978) del ser campesino en la actualidad, entendiendo esta última como método de concepción general sobre lo moderno y lo local (ANDERMANN, 2002 p.82). Es decir, analiza de qué manera lo “occidental” es “devorado” por lo local para generar un sentido propio, invirtiendo las temporalidades y fines últimos de la modernidad. Lo nuevo y lo viejo se entrecruzan permanentemente en la realidad del campesino actual, quien desde la subalternidad recibe la modernidad para “devorarla” desde un lugar de otredad que la convierte en algo único y propio.

En primer lugar, ser campesino parte de una condición estructural de pobreza y marginalización, que se inscribe en una historia de colonización de hace más de cien años en el lugar. El campesino vive en condiciones precarias, tiene familias numerosas, habita en ranchos en parajes rurales, y algunos en casas de material en los poblados más cercanos. El calor y la sequía inciden en el *modo de ser campesino*:

“La pesadez del calor, dicen, “voltia”. Tal vez por eso, como si se ahorrara esfuerzo, se conversa lo mínimo: para dar una orden, para hablar del tiempo, para comentar lo que pasa en el pueblo.(...) Los

Ferreyra viven en un rancho de adobe a dos aguas y aljibe en el patio, sin luz eléctrica, como el que habitan los campesinos de los parajes monte adentro, con troncos de madera, techo de hoja de malvón, paja y nylon, y está en San Antonio, a 60 kilómetros de allí, un territorio donde los pájaros están escondidos, temerosos de que los próximos estruendos de escopeta puedan impactar sobre ellos” (MANNARINO, 2012).

El campesino vive de la tierra y del monte, como relata la mamá de Cristian: *“aunque sean pobres, “en el campo nunca vivimos con patrón, porque criamos los animales para comer y del bosque sacamos lo que necesitamos” (MANNARINO, 2012).* El campesino es quien puede “leer” el monte, reconocerlo y habitarlo. Tiene un saber propio, que surge fruto de esa relación, porque es en el monte que se crió y del cual sobrevive. Así relata Mannarino su viaje con Cuellar en motocicleta:

“Se frena. Agarra un palo y ordena que caminemos lento. Hay unas pequeñas cuevas de iguanas. Torpes y lentas, son fáciles de agarrar. La piel, explica, sirve como medicina: para curar el moquillo de los animales. Como la lampalagua, la serpiente constrictora de la zona que suele medir hasta cinco metros y cuya grasa cura los empachos. Pero la víbora, que no es venenosa aunque si se enrosca al cuello mata en segundos, aparece con la humedad, revela, y en el monte no cae una gota en meses” (MANNARINO, 2012).

Sin embargo, el campesino absorbe elementos de la modernidad, y los resignifica dentro de una cultura popular que lo hace único y particular. El campesino atraviesa en moto el monte (José Cuellar), va a boliches (las hermanas de Cristian), usa celulares (Viviana), tiene afiches de Pokemon (hijo de Cristian). De esta manera, Mannarino pone en tensión las visiones románticas que fijan el ser campesino en alguien totalmente apegado a la naturaleza, atrasado y primitivo. Es quizás una de las paradojas de esta modernidad, que la prueba final del asesinato de Cristian, sea la de una foto tomada por una campesina desde su propio celular.

“Es que la mujer de Godoy tenía una prueba irrefutable. Le había sacado una foto con su celular: un retrato único del criminal en la puerta de su casa, con la ithaca de dos caños en mano antes de apuntar a Cacho, que estaba a centímetros suyo, desarmado, y con el brazo en ademán de echarlo” (MANNARINO, 2012).

A su vez, Mannarino remarca la figura del *Hombre* dentro de la cultura campesina, a partir del peso que culturalmente los varones tienen en la distribución de las tareas. Es el hombre el que trabaja en el campo, hace los postes, cuida los animales y los carnea. El hombre es quien cuida de las mujeres, que ordena las tareas familiares.

“En el monte, dominan los hombres: son los que se asignan la tarea de alimentar y dar descendencia a la familia. Las mujeres, que se encargan de cocinar, lavar y estar con los niños, tienen cierto gobierno sobre el hogar, pero cuando ellos retornan del bosque, hacen silencio” (MANNARINO, 2012).

La muerte de Cristian significa entonces la muerte de la descendencia de la familia, era el “último hombre” que llevaría adelante las tareas y la organización de su familia, la lucha y la defensa del modo de vida campesino que debía continuar reproduciéndose.

Otro elemento está presente en la muerte de Cristian que simboliza la muerte del campesino. Para el autor, el *ser campesino* es definido por la elección de luchar y defender el monte y su modo de vida, es la elección por estar de “ese” lado del mundo y no de otro. Es la muerte del “último Hombre” como metonimia que representa a los últimos campesinos. La lucha del campesino, es una lucha a largo plazo, y la elección de Cristian se remite a la muerte de su papá, que se resignifica en la realidad actual:

“-Papá murió envenenado por el agua. Si no luchamos, nosotros vamos a morir cuando nos saquen la tierra –decía, mientras se internaba en lo profundo del monte y traía los pedazos de troncos arrasados por las máquinas depredadoras” (MANNARINO, 2012).

En ese sentido, el campesino se diferencia del sicario, quien encontrándose en las mismas condiciones de pobreza y marginalidad, opta por ser funcional al mundo del progreso mediante la violencia y la sumisión hacia los empresarios obrajeros y sojeros. La vida del campesino cambió a partir de la llegada del “progreso”,

“De levantarse a la madrugada para soltar los animales, algunos campesinos pasaron a estar encerrados, cuidando la tranquera con alambres electrificados. De recibir un dinero miserable por los postes de madera y el carbón, pasaron a cobrar sueldos por vigilar pertenencias ajenas” (MANNARINO, 2012).

Campesino es también quien recibe la violencia de las guardias blancas, las amenazas por contraponerse al desmonte, por cuestionarlo. Es quien “*desobedece los límites del deslinde empresarial*”, y se encuentra en una situación de olvido frente al gobierno municipal, la justicia y la policía. Pero a su vez, Cristian era despreciado por su condición de *indio*, y por haber terminado casado con una de las familiares de su sicario. Mannarino recrea así, un paisaje-en-crisis: el paisaje de la modernización actual en el norte de Argentina, atravesado por la sequía, la violencia, el desmonte y una organización campesina que busca impedir la desposesión total del campesino y del monte. La crónica inscribe el asesinato en la lucha entre subalternos y poderosos, incorporando voces de ambos lados, identificando el status social y económico de cada actor con intereses en disputa. La muerte de Cristian se vuelve pública por ser un asesinato que se lleva a cabo para imponerse en la disputa por la tierra, y como tal sirve para visibilizar las condiciones de vida en el interior del país. Mannarino construye así un posicionamiento, en y por un relato de visibilización y denuncia del conflicto:

“Cristian Ferreyra peleaba por un lugar en el mundo en una comunidad que se dividió tras la invasión de los empresarios. Están los que, como él, se resisten porque saben que el “progreso” los exterminará. Y los que, para salir de pobres, se convierten en empleados a sueldo vigilando los campos que habitaron desde siempre. Todo ello ocurre en el norte más desamparado, con un Estado ausente y cómplice del poder más violento. La vida de los campesinos e indígenas nos reflejan una cruda y compleja realidad, que se conoce a cuenta gotas por la crónica roja de los medios y no por pensar en su condición humana y cultural: si alguna vez supimos que existieron, tanto hoy como en la historia, es porque los mataron. Y los vuelven a matar, y todo sigue como si nada”.

Algunas consideraciones finales

A modo de cierre, nos interesa reflexionar acerca del paisaje inscripto en la crónica *El último Hombre* como una forma de comprender un fenómeno general de la modernización agrícola actual en nuestro país. La crónica se inscribe así, en una situación geográfica (SILVEIRA, 1999b) actual y permite poner en cuestión dicho fenómeno, a partir del relato de un acontecimiento particular, como fue la muerte de Cristian Ferreyra. La crónica de Juan Manuel Mannarino, reconstruye el hecho en una historia sociocultural de despojo y marginalización del campesino dentro de Santiago del Estero, permitiendo otra comprensión del hecho, que va más allá de lo que podría ser titulado como “un crimen familiar”.

Mannarino crea un locus de enunciación propio, dando voz a quienes son víctimas de dicha marginalización de la modernidad, posicionándolos como creadores de otro mundo. Ese otro mundo, nace de ese estado marginal, que absorbe elementos de la modernidad y los resignifica, los reutiliza, generando un mundo nuevo, el propio.

El paisaje-en-crisis relatado en *El último Hombre* nos permite reflexionar sobre la situación actual del ser campesino, para poder entender las complejidades que esta categoría asume en la actualidad, con sus contradicciones y particularidades. Es un paisaje-en-crisis, porque en él, un mundo intrínseco al monte está por desaparecer: el del campesinado del interior del país.

*“cada estado social trae su expresión a la literatura;
de tal modo, que por las diversas frases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos,
con más verdad que por sus cronicones y sus décadas”*

José Martí, “*El poeta Walt Whitman*”

Bibliografía

- ANDERMANN, Jens. Antropofagia: Testimonios y Silencios. *Iberoamérica*, LXVIII(198), 79-89. 2002
- _____. Paisaje : Imagen, entorno, ensamble. *Orbis Tertius*, 1-7. 2008.
- _____. El infierno santiagueño: sequía, paisaje y escritura en el Noroeste Argentino. *Iberoamérica*, XII(45), 23-43. 2012.
- ASTEGIANO, N. *Visibilización de la Red de Agronegocios en el norte de la Provincia de Córdoba*. Córdoba: FFYH. Universidad Nacional de Córdoba. 2015 (150 pág).
- COSGROVE, Denis. The idea of Landscape. En D. Cosgrove, *en Social formation and symbolic landscape*. The University of Wisconsin Press. 1984.
- De Andrade, Oswald. Manifiesto Antropófago. En O. De Andrade, *Do Pau-Brasil à Antropofagia e às utopias* (págs. 11-19). Rio de Janeiro: Civilizacao Brasileira. 1978.
- DOMÍNGUEZ, Diego y DE ESTRADA, María. Asesinatos y muertes de campesinos en la actualidad argentina: La violencia como dispositivo (des)territorializador. *Revista Astrolabio*. 489-529. 2013.

- FABBERMAN, Judith. Tres miradas sobre paisaje, identidad regional y cultura folclórica en Santiago del Estero. *Prismas*(14), 71-93. 2010.
- GIARRACA, Norma y TEUBAL, Miguel. Del desarrollo agroindustrial a la expansión del “agronegocio”: el caso argentino . En B. Mançano Fernández, *Campesinado e agronegócio na América Latina: a questão agrária atual*. Sao Paulo: CLACSO. Expressão Popular (pág. 139-164). 2008.
- HEFFES, Gisela. *Políticas de la destrucción/poéticas de la preservación. Apuntes para una lectura (eco)crítica del medio Ambiente en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo. (335 pág).2013.
- INGOLD, Tim. The Temporality of the Landscape Source. *World Archaeology. Conceptions of Time and Ancient Society*, 25(2), 152-174. 1993.
- MANNARINO, Juan Manuel. El último Hombre. *La Pulseada*. 21 de noviembre de 2012.
- Nancy, Jean- Luc. Uncanny Landscape, in *The Ground of the Image*. *Fordham University Press*, 51-62. 2005.
- SANTOS, Milton. *A natureza do espaço. Técnica e tempo. Razão e emoção* . Sao Paulo: Editora da Universidade de Sao Paulo (384 pág). 2000.
- SANTOS, Milton y SILVEIRA, Maria Laura . *O Brasil: território e sociedade no início do século XXI* . Sao Paulo: Editora Record (471 pág). 2001.
- SILVEIRA, María Laura. *Um país, uma região. Fim de século e modernidades na Argentina*. Sao Paulo: Laboplan-FAPESP (486 págs) 1999a.
- SILVEIRA, María Laura. Una situación geográfica: do método a metodología. *Revista TERRITORIO*(6) , 21-28. 1999b.
- TEUBAL, Miguel. Expansión del modelo sojero en la Argentina. De la producción de alimentos a los commodities. (IADE, Ed.) *Realidad Económica*(220), 71-96. 2006.
- TEUBAL, Miguel y RODRIGUEZ, Javier. *Agro y alimentos en la globalización. Una perspectiva crítica*. Buenos Aires: La Colmena (208 págs) 2002.
- VILLORO, Juan. La crónica: disección de un ornitorrinco. *Relatoría del Taller de periodismo Narrativo con Juan Villoro Disección de un ornitorrinco*. Cartagena de Indias (Colombia): Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI), Corporación Andina de Fomento (CAF), CEMEX y Fundemas. 2010.
- ZUSMAN, Perla. y CASTRO, Hortensia. Naturaleza y Cultura: ¿dualismo o hibridación? Una exploración por los estudios sobre riesgo y paisaje desde la Geografía. (B. d. Geografía, Ed.) *Investigaciones Geográficas*(70), 135-153. 2009.